

Cocinando con Paulina Ortiz

Experimental, investigadora de símbolos y culturas, la propuesta plástica de Paulina Ortiz se cocina a fuego lento en un caldero donde la iconografía precolombina y los materiales vernáculos se combinan con el arte espacialista contemporáneo, para ofrecernos una propuesta rica en valores cósmicos y especulaciones metafísicas

Víctor Hugo Fernández

Paulina creció rodeada por la experiencia artística. Hija de madre pintora, desde niña su universo inmediato estuvo caracterizado por los pigmentos y la preparación de las telas, entre otros aspectos de la creación plástica. No obstante, a partir de allí y con el beneplácito de su madre, ella se interesó más por las actividades paralelas a la creación plástica, asumiendo tareas artesanales y respondiendo a inquietudes que obligaban a una carpintería meticulosa, sin olvidar el diseño, aunque -desde un principio- siempre manejado con un sentido práctico, funcional. No es que a ella la pintura le fuera ajena, simplemente fue que la pintura la condujo inicialmente a interesarse por la cocina, entendida esta como el proceso individualizado e internalizado de combinar los ingredientes y darles un sello propio.

A los 11 años Paulina ya escoge su camino y se inclina por el tejido y la confección de su propia vestimenta. A ella la costura, el tejido o la cocina no le son prácticas ajenas, todo lo contrario, desde muy joven encuentra refugio en las manualidades mientras ejercita el diseño y explora en su propia lectura de vestir el cuerpo y verlo como una estructura en movimiento que además expresa valores psicobiológicos por medio de gestos, movimientos y toda aquello que reposa sobre la piel y la oculta o la expone, (entiéndase pigmentos, textiles u

otros). Ella se emplea a sí misma como creadora y modelo, ensaya una lectura unipersonal de ponerse “arte sobre el cuerpo”, vistos ambos –arte y cuerpo- a su manera. Es por esto que quien la conoce y la estudia en el tiempo, descubre que su reciente experiencia individual dentro del grupo ejecutor del proyecto ***Arte sobre el Cuerpo: la disyuntiva del ser...*** no es más que un volver a sus orígenes como investigadora del cuerpo y sus propiedades de “objeto” en movimiento que cuenta una historia. Esta fue una aventura que indudablemente la mostró en su dimensión personal, proponiendo la expansión del ser a partir de aquellos objetos cotidianos necesarios y prescindibles que a su vez lo revientan contra el vacío incierto de la interacción social. En todo caso, si no me he dado a entender hasta ahora, valga la pena señalar que la aventura plástica de Paulina consiste, desde sus inicios, en una exploración de la presencia humana dentro de un contexto espacial, mediante el cual se manifiestan valores emocionales y espirituales.

La hora del té

El arte plástico de Paulina Ortiz tiene la virtud de respetar un principio irrenunciable para el creador que se involucra totalmente con su creación y se convierte en parte de ella: es sacerdotisa y oficiante a la vez, consagra y comulga. Asistir a su taller es una experiencia mística donde encontramos soluciones tecnológicas refinadas, atadas profundamente a principios vernáculos de impecable respeto por los valores artesanales de la producción artística.

Para ella las telas son simples superficies, por ejemplo, y las prefiere controladas, por ello las tiñe con té. Y si sus telares de madera y pedales reflejan refinamiento, sus calderos para “cocer” la tela son la confirmación de su vocación de oficiante. La hora del té para Paulina es el momento de decidir sobre la palidez eventual de la tela: más clara, pues menos té, y más oscura,

pues un poco más de té y un tiempo mayor de cocción. Después de ello, viene la articulación de la estructura y posteriormente la intervención de la tela a partir de la inserción de la cabuya con sus acentos, alcanzados gracias a la solidez flexible de los metales modulares y moldeables que le sirven de base. Todo al final es coronado con referentes vernáculos y otros valores de exquisita intencionalidad: hablamos de plumas de aves, ceras de abeja y las texturas de árboles, aunque esencialmente la obra de Paulina debe leerse como una magnificación de la grandilocuencia inadvertida de la naturaleza en su cósmica espacialidad, a partir de una indiferente calidez reflejada en la terrenal y muy personal paleta de colores que emplea. Igual pone tela sobre un cuerpo que sobre una estructura cuya intencionalidad ya ha determinado. Y ambas están vivas, cada una a su manera y siempre cocinadas a fuego lento

Todo sin embargo, en su rigurosa e inmediata singularidad, se combina dentro de una preocupación espacialista que es consustancial a toda la obra de Paulina. El cuerpo que se viste, el suyo en primera instancia hace muchos años y el de los demás mediante una propuesta colectiva reciente, donde aborda el ejercicio como sacerdotisa y oficiante a la vez, como jefe de proyecto y también participante. Los espacios que cubre e interviene o bien los que desviste más que en arquitectónica actitud, en demiúrgica vocación. Esa es Paulina Ortiz: le gusta repicar y dar misa... Y qué? De verdad que lo hace con voluntad y convicción. Qué ricos son sus espacios de discreta apropiación cromática, pero intensos en todos aquellos otros valores vernáculos que demande la propuesta, desde iconografía precolombina, cabuya intervenida y provista de intencionalidad, hasta conceptos espacialistas contemporáneos y, en medio de todo ello, su determinante vocación a enfrentar estos desafíos con la preclara intención de quien sabe que la luz revela siempre el pulso exacto de aquellas combinaciones, combinaciones a su vez que solamente la argumentación plástica es capaz de articular.